

La Ceba. (Parte Uno).

Autor: EM Rosa

Categoría: Ciencia ficción

Publicado el: 22/03/2013

Habían llegado de muy lejos, desde la mismísima capital del Imperio. Aterrizaron cuando las primeras tenues luces de un pálido Sol apenas besaban la arena árida y sin vida de ese recóndito planeta en los confines de la galaxia. Se movían con una precisión sincronizada tan notoria que evidenciaba un entrenamiento intenso y sistemático.

Iban armados y uniformados.

Al abrigo de la homogénea masa marchaba un grupo muy diferente. Si bien vestían ropajes similares, su atuendo no constituía un uniforme obligatorio y no portaban ningún tipo de armas, solo valijas metálicas.

Parecían asustados e incómodos, sus cabezas girando, sus miradas alarmadas disparadas a los cuatro puntos cardinales, como buscando algún peligro al acecho.

Claro, como nada se movía en kilómetros a su alrededor, como nadie les había salido al encuentro, todos sus temores “parecían” exagerados

Carlos Torren trabajaba en la oficina de Asuntos Protocolares, su primer y único trabajo, y siempre llegaba un par de minutos antes que el horario fijado.

Le gustaba su trabajo.

Aníbal Minsk era otra historia. Siempre llegaba un par de minutos tarde, a las corridas y agitado.

Eran amigos entrañables y durante “Los Días Del Caos” enfrentaron todas las calamidades

hombro a hombro.

Carlos registró su ingreso en el lector de tarjeta, pasó el molinete más solo se adentró dos metros y se detuvo de frente a la entrada. Miró su reloj y pensó: "En un minuto ocurrirá".

Y tal cual lo predijo, un minuto después un hombre entraba corriendo precariamente vestido, se arrojaba sobre el lector, introducía la tarjeta y registraba su ingreso.

Era Aníbal.

Carlos, que contemplaba diariamente el evento, nunca dejaba de causarle gracia y siempre le arrancaba una sonrisa divertida. Inútiles habían sido los intentos para tratar de hacer recapacitar a su amigo, así que solo se limitaba a sonreír con simpatía y esperar al pintoresco hombre para transitar juntos el trayecto común hacia sus respectivas oficinas. Un agitado Aníbal se plantó junto a Carlos y balbuceó un trabajoso "Hola "

"Hola, idiota." Respondió Carlos. Ambos iniciaron el archi conocido camino.

La edificación se mostraba polvorienta y abandonada, una enorme mole de cemento ruinosa, ominosa y silente, parecía inofensiva pero solo era una engañosa apariencia. Los soldados permanecían semi ocultos, casi enterrados en la arena, pero sabían que era inútil, serían detectados y muchos de ellos no volverían a la nave. Unos metros más adelante el comandante del pelotón y dos de sus oficiales observaban el bunker con lentes de aproximación y trataban de delinear alguna estrategia de captura.

Pero sabían a que se enfrentaban

El ataque llegaría y sería arrasador, la gran mayoría de sus hombres serían destruidos, pero si lograba ingresar aunque más no fuera con un grupo mínimo y todos los científicos la misión podría resultar exitosa. Miró hacia atrás, hacia la casi docena de hombres que, en retaguardia y protegidos, temblaban en silencio al tener que vivir una situación marginal a su vida habitual. Eran los científicos. Si algo les pasaba, aunque más no fuera a uno de ellos, la misión estallaba y el largo viaje hacia ese remoto planeta sería en vano. Era absolutamente consciente de la precariedad con la que el Poder Central los había embarcado en esta aventura, incluso de lo dudoso de la misma, pero eran militares y debían obedecer sin cuestionar nada. Incluso el grupo de científicos pertenecía al ejército y estaban afectados por las mismas reglas pero carecían del entrenamiento indispensable para enfrentar semejante situación y solo la desesperada crueldad de un sistema de gobierno decadente podía ponerlos en semejante trance. Nunca en la historia un hombre de ciencia había sido puesto directamente en el frente de combate de una confrontación.

Observó ciertos imperceptibles movimientos en el paredón norte del edificio. Se calzó los lentes de aproximación

No había nada que Carlos anhelara, su vida era tranquila y constante, predecible, exactamente como el quería que fuera. Fue por eso que en “Los Días Del Caos”, los años, largos años, en que la raza humana casi pierde su planeta casi pierde la razón. Aníbal, en cambio, era todo fortaleza, coraje, combatividad.

Hasta parecía feliz

Solo gracias a él era que había podido soportarlo, zanzar semejante trance. Y ahora que era tan dichoso, Aníbal

Habían aparecido de un momento a otro sembrando la desgracia entre la población, implantando le infelicidad y el desasosiego.

Hacía ya tantos años

En ocasiones Carlos perdía el hilo de sus pensamientos a punto tal que, por ejemplo, no recordaba como todo había vuelto a la normalidad. Se perdía en lapsos reflexivos y su mente le impedía avanzar, sus pensamientos se apagaban, quedaba suspendido en el vacío. Fue así que la llegada de Aníbal lo sobresaltó a punto tal que volcó la taza de café que bebía manchando de marrón el puño derecho de su impecable camisa blanca. Consternado, clavó la mirada en la mancha, esto para Carlos constituía una fatalidad, un evento de tal gravedad que seguramente afectaría su ánimo el resto del día.

“Lo siento ” intentó disculparse Aníbal conciente de lo que significaba semejante accidente para su amigo.

Carlos levantó su mirada hacia el recién llegado. Sus ojos estaban vacíos.

Solo el veinte por ciento del pelotón llegó hasta la puerta de ingreso del edificio pero el total de la plana científica estaba intacta. Atrás solo quedaba muerte, fuego y humo. Arena candente y cuerpos chamuscados, el ataque había sido de una ferocidad atroz. El maltrecho grupo resultante casi estaba sin munición pero las defensas enemigas necesitarían algunos minutos para reiniciar las hostilidades.

Había poco tiempo

Publicado bajo licencia [Creative Commons BY-NC-ND](#)

Enlace original del relato: [ir al relato](#)

Otros relatos del mismo autor: [EM Rosa](#)

Más relatos de la categoría: [Ciencia ficción](#)

Muchos más relatos en: [cortorelatos.com](#)